

Editorial

Los serbios juegan «al gato y al ratón», los del PSOE a «Rey Midas», los de la ONU a «Pulgarcito», los del PP al «gato con botas», los de IU a «Cenicienta», iraquíes, coreanos, etc. juegan con USA a «Correcaminos y el coyote», palestinos y judíos a «Tom y Jerry», el resto mediocre de la humanidad a encarnar de nuevo «Humillados y ofendidos»; cada cual interprete el cuento.

La opereta representada en Italia hace unos días, que empieza en un primer acto con una pose trágica y promete en su desarrollo no ser más que un episodio romántico de viejos temas, puede acabar en una trama urdida a coletazos dramáticos si los personajes llegan a creerse sus papeles redentores.

La vulnerabilidad de la democracia ante los medios de comunicación la constituye en democracia de «baja intensidad» o «meramente procedimental», como nos recuerda Andrés García, sometida al «cuarto poder», que dice Toffler.

De la corrupción al malestar, del malestar a Berlusconi, no es un itinerario inédito ni irreplicable, dice Rafael Cid, pues el poder político, económico y mediático se confunden en un solo haz de ondas que arrastran a su paso los ídolos de barro levantados por déspotas nepotistas, que se han apropiado en exclusiva del templo común levantado en honor de Mammona, el del mercado-mundo libre de los negocios sin pudor. Ellos se yerguen y abaten sin más intervención que la del paso del tiempo. El poder emancipador, revolucionario y libertario de la democracia está por descubrir. Sólo tenemos un simulacro de lo que es.

Es un anhelo de biempensantes que la educación sea el remedio de las lacras y males que asolan nuestra cultura. Pero la educación también está mediada: las alas de la cultura son cortadas en aras de la expansión en el espacio-tiempo de la TV.

A la misma educación se la exige que tome los mandos a distancia —que diga, las riendas— de la liberación del hombre del embrujamiento cretinizador evolutivo-progresivo de la caja tonta.

El reconocimiento de la diversidad-diferenciación, que intenta abrirse paso por enmedio del pretendido derecho a la igualdad, descuello como problema más que como criterio pluralizador o de convivencia intercultural. Como proyecto de integración, a la educación se le presentan los mismos problemas que la constatación de la «heterogeneidad» conlleva. En una sociedad que exige el diálogo como forma casi-límite de supervivencia, el derecho a la diferencia ha de compatibilizarse con la necesidad de homogeneización de la cultura. ¿Cómo? —se pregunta Juan Carlos Lago—. Asumiendo las diferencias realmente relevantes que garanticen la identidad personal y grupal y potencien el diálogo intercultural, pluralista y no discriminatorio.

La ayuda, en este sentido, que puede venir de mano de la LOGSE se pone en tela de juicio: la LOGSE, ¿destrucción o reconstrucción?. *Acontecimiento* aborda en este número una valoración objetiva, desde distintas perspectivas, que aclara seriamente los pros y los contras de esta controvertida ley. Junto con el otro lado de la educación —la familia, en cuyo año de reconocimiento internacional estamos—, se cierra el triángulo de la socialización.

La educación, ese proceso multifactorial en el que se conjugan escuela-familia-instituciones, que pretende hacernos ciudadanos, que a través de su publicidad o privacidad intenta socializarnos, integrarnos, hacernos críticos y solidarios, en sus pretensiones iniciales, que contiene una potencial inversión de futuro incalculable, puede ser, contra lo esperado de ella, una secuela, una fábrica de competidores egoístas, un cuartel de súbditos obedientes. **A**